

decir Haro o Umbral. Quizás debería dialogar más con la obra de Orwell, que también estuvo aquí luchando contra el fascismo y casi es asesinado por los del PCE debido a un artículo, de hacía algunos años, en el que mostraba simpatías por Trotsky. O con Spender y Paz. Pero todos ellos vieron que en España no sólo se luchaba contra el fascismo sino contra los otros de nosotros mismos. Haro cree que debemos vivir, políticamente, con la Guerra Civil muy presente, o más exactamente, que la izquierda (entiéndase en su sentido genérico) ha de tener memoria constante de lo que quiso entonces, que es lo que ha de querer hoy y siempre. Por eso Felipe González es hijo de los que batallaron contra los brigadistas, porque «todo su trabajo ha sido borrar la guerra civil, llegar al pacto social, a la reconciliación y no sé qué, y apartar de los puestos del partido cuanto tuviera que ver con la guerra civil». En el caso de que eso haya sido así, a mí, nacido en 1956, no me parece mal. La reconciliación es importante, porque aunque yo crea, como creo, que la guerra civil no estuvo justificada, hay que dejar a estas alturas que los muertos entierren a los muertos y tratar de entenderse con el vecino, sea el nieto de Manuel Aznar, de Antonio Maura o de la Pasionaria.

Ninguno de los dos votan ni han votado (Fernán-Gómez sólo lo hizo en la consulta relativa a la OTAN). Haro Tecglen porque no cree en las votaciones; pero hasta nuevo invento, que yo sepa, sólo hay este siste-

ma o el otro que tan bien ha conocido y del que siente una subliminal nostalgia, especialmente porque la dictadura lo definía a él como rojo y poseedor de la verdad, mientras que ahora la política sólo posee el heroísmo un poco melancólico del sentido común. Fernán-Gómez no vota porque no entiende lo que los partidos proponen, y hay que deducir que su no a la integración en la OTAN sí lo entendía. Declara no entender de política y no comprender la Constitución del 78, pero se declara ácrata. No está mal, pero podría haber explicado un poco cómo es un gobierno o un Estado ácrata. Creo que la historia no ha conocido ninguno; pero sí individuos ácratas. Es tan difícil ser una persona ácrata coherente como serlo escéptica de manera radical. No hay forma. Lo curioso es que a Fernán-Gómez (y a mí) le parece muy bien la protección estatal de cierto teatro y de cierto cine. Tampoco ha rechazado (lo que me parece muy bien), los premios oficiales, cosa que Cioran hizo con todo tipo de premios, por poner un ejemplo grato. En fin, que me gustaría que me explicara, ya que ambos utilizan medios de expresión potentes (de poder) para denostar de la democracia como sistema, en qué consisten la nueva acracia o la revolución. En algún momento dice Fernán-Gómez: mayor poder del individuo y menor del Estado (exactamente: «aumentar muchísimo, más allá del límite, la libertad del individuo»). Está bien, es justamente lo que promueve el liberalismo; pero yo estoy

seguro de que Fernán-Gómez quiere (como yo) un sistema de sanidad para todos los españoles, colegios y universidades gratis..., en fin: la mediación de un Estado con una concepción social solidaria. En cuanto a lo de «más allá del límite», ahí no, no puedo seguirle. Es más, yo no le toleraría que quisiera ser libre más allá del límite, porque ese límite es el de mi libertad. A Haro le repugna votar, elegir dentro de lo posible, porque «lo que tienes en tu elección es enteramente fascista». A lo que responde Fernán-Gómez: «Estoy completamente de acuerdo, y además con un profundo respeto porque eres un especialista en la materia». Si vivimos en un Estado «enteramente fascista», ¿qué es el fascismo? ¡Y pensar que Haro escribió un libro de divulgación sobre ese asunto! Cuando todo es igual, la inteligencia se aturde, y su maximalismo nos cansa. La historia y la política son una cuestión de matices, a veces determinantes, y cuando éstos se eliminan también se niega al otro. Cuando Haro se define políticamente como «rojo», niega la historia y la política: «Yo soy rojo a la manera en que lo definían los franquistas: clase única, raza. Sin odio, sin sangre, sin revanchas pero rojo». Lo rojo pues como algo irreductible, también incomprendible, que carece de contradicciones y errores. Rojo, pues, sin política que cree que los hutus y los tutsis hacen revoluciones, porque la «revolución quiere decir que el que no come quiere comer» (Marx creía que comenzaría en las sociedades

capitalistas avanzadas, pero dejemos esos matices), y todo esto desde una *suite* del Palace mientras unas señoritas (o señoras) pasan con bandejas llenas de canapés y Haro dice una vez más que él no quiere «nada de este sistema», etc., etc. ¿Para qué seguir? Toda la cháchara sobre política que ambos mantienen carece de valor, pero creo que alguien debería decirlo, porque lo que se lee en la prensa al respecto es «valor», «lucidez», «sabiduría» y otras monsergas productos de la publicidad y la debilidad crítica.

Lo mejor de esta conversación, insisto, son los detalles concretos, los datos sobre la vida cotidiana de la guerra y la posguerra, los toques de humor de Fernán-Gómez y el ingenio, en ocasiones, de ambos, de estos *deux vieux marcheurs*, como ellos se definen, a los que la publicidad de sus conversaciones les favorece poco.

**Juan Malpartida**

## Prigogine y la flecha del tiempo

Ventajas y obstáculos encuentra el lector lego y curioso al abordar

libros como el de Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres* (traducción de Pierre Jacomet, Taurus, Madrid, 1997, 230 páginas). El obstáculo es la casuística que sólo pueden descifrar los técnicos; la ventaja, justamente, el no leer el libro como un texto técnico. Esto último emana del proyecto mismo de Prigogine, visible ya en otras obras suyas (*El nacimiento del tiempo, ¿Tan sólo una ilusión?, Entre el tiempo y la eternidad, La nueva alianza*): llegar hasta los confines del alcance científico (matemática, física teórica) para reconocerlos como tales, o sea para mentar lo que está más allá, la metaciencia. Y el curioso constata que el científico ruso se mete en terreno metafísico, porque se replantea problemas recurrentes en la historia del pensamiento, desde los presocráticos hasta Bergson, por ejemplo. Metafísico es lo ajeno a la experiencia y, por ello, lo que no puede ser afectado por la experiencia. Por más que las ciencias progresen, acumulando cualitativamente sus conocimientos, el más allá de la ciencia permanece siendo inexperienciable, inexperto.

Prigogine podría encogerse de hombros, a la manera positivista, ante ese más allá. Pero no lo hace, porque el *ignorabimus* no es propio de filósofos. ¿Acaso habría progresado la ciencia si no hubiese reconocido ese más allá? ¿Podría plantearse la ciencia unos fundamentos que fueran sólo científicos y necesitaran de otros fundamentos y así hasta el infinito? En el más

acá de la ciencia, como en el más allá, hay algo no científico: estético, religioso, metafísico.

La preocupación principal que organiza el curso de este libro es lo que Prigogine (y enésimos otros) llama «la flecha del tiempo», o sea el tiempo como sucesión dirigida a un fin que cualifica el antes y el después. El tiempo natural de la física clásica (Galileo y Newton, digamos), no admite antes ni después: es un tiempo simétrico. Por paradoja, surge en él la noción del tiempo como flechazo, porque un mundo estrictamente simétrico sería incognoscible. Conocer es narrar: conocer lleva tiempo, lleva el tiempo consigo, hace perder el tiempo. Una ciencia montada sobre un tiempo indiferente a la sucesión y simétrico de un momento inmóvil, se ensimisma y se aleja del devenir, que es la realidad (del devenir, no del ser: la ciencia se aleja del ser en tanto unidad indiscernible: la ciencia es discernimiento, escisión y comparación).

El tiempo del flechazo es el tiempo de la historia, que supone (lo digo yo, no lo dice Prigogine) un sujeto, unos sujetos: es mi tiempo, es nuestro tiempo. Es el tiempo acotado por los finales (de la vida individual o colectiva), el tiempo de la muerte. Para la ciencia clásica, el mundo carece de sujeto, de historia, de tiempo lineal y de memoria. Como dice Prigogine, es un mundo de pesadilla. Pero esa pesadilla es el conocimiento universal objetivo que aporta la ciencia, como si pudiera conocer lo